

BREVE NOTA SOBRE LA POSTMODERNIDAD: LUGARES COMUNES E IMPLICACIONES

FILOSÓFICAS

María José Guerra Palmero

Son ya proverbiales las dificultades para ofrecer un concepto de postmodernidad. ¿A qué nos referimos? ¿a un nuevo fenómeno sociológico? ¿a una nueva “conciencia estética”? ¿a una moda afortunada en sus recepción mass-mediática? ¿a una “mutación antropológica”? ¿al “final de la historia”? ¿a una nueva filosofía? o ¿a todas estas opciones a la vez?

La polisemia se inserta en un término móvil y voluble, no obstante, el tiempo transcurrido desde los primeros ochenta parece haber clarificado algo el panorama. Albrecht Wellmer, quien reconoce el “carácter esquivo” del concepto, nos sugiere que lo postmoderno es el esfuerzo de articulación de

“...la conciencia de un cambio de época, conciencia cuyos contornos son aún imprecisos, confusos y ambivalentes, pero cuya experiencia central, la de la muerte de la razón, parece anunciar el fin del proyecto histórico: el proyecto de la modernidad, el proyecto de la Ilustración europea, o finalmente también el proyecto de la civilización griega y occidental.”¹

El apunte de Wellmer nos sirve para mostrar la conexión entre el pensamiento postmoderno y la veta de filosofía antimetafísica y antimoderna que parte de Nietzsche. La crítica de la modernidad y de la racionalidad occidental alcanza una nueva expresión, que, en determinados momentos, se nos apareció como pretendidamente rupturista e impactante, fortaleciendo, así, la “impresión” de estar saliendo efectivamente de la esfera moderna. Pero intentemos sortear, abruptamente, algunos ingredientes esenciales de lo postmoderno, para, después, señalar dos de sus implicaciones filosóficas: la metamorfosis que aqueja al sujeto y -el perspectivismo plural de un juego de interpretaciones en el que ninguna puede aspirar a la verdad.

1.- Algunos ingredientes del “cóctel” postmoderno.

La postmodernidad se vuelca hacia el momento presente. Este es percibido como cambiante, como tiempo aquejado de incertidumbre en el que se quiebran los marcos de refe-

rencia que han dotado de sentido a la modernidad. El “cambio epocal” se refuerza con una confluencia de “lugares comunes” que intensifican la impresión de tránsito histórico. Pasemos a enumerarlos:

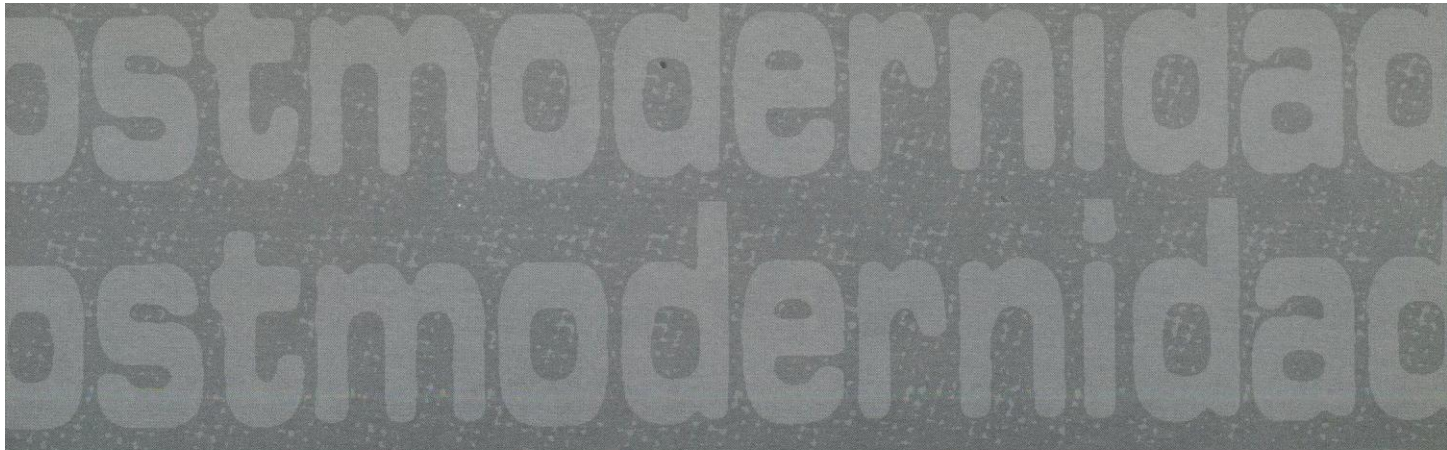
En primer lugar, la palabra, el discurso, entramado vertebrador de la modernidad, pierde su primacía. Abandonamos la “galaxia Gutenberg” desde el momento en que la palabra queda subordinada a la imagen, a lo “audio-visual”. La civilización occidental como concentrado “verbalista” parece destinada a la desaparición.

En segundo lugar, el capitalismo tardo-industrial, girando alrededor del consumo, ha generado unas sociedades entregadas a la “orgía del exceso” -en palabras de Baudrillard-, al despilfarro. Parece sentirse una amenaza de derrumbe para la lógica rígida del productivismo a manos de la eclosión de un hedonismo narcisista que trastoca la autocomprensión de los individuos.

En tercer lugar, las nuevas tecnologías de la información, las redes interconectadas, crean una “nueva corteza cerebral” superpuesta a nuestras mentes individuales. La subjetividad parece reducirse a “posiciones” dentro de una compleja topología. Los medios de comunicación han hecho estallar, además, la percepción del espacio y el tiempo: tenemos acceso a la “simultaneidad”. La producción de informaciones se multiplica haciendo imposible que arañemos un “solo sentido” a lo que sucede.

La especialización progresiva y el desarrollo científico, en cuarto lugar, se suman a la constelación postmoderna. La complejización matemático-formal de la ciencia y la proliferación de nuevas disciplinas que, sin cesar, ocupan las intersecciones entre otras más tradicionales nos enfrentan a un conglomerado incomprensible para el lego en la materia. La ciencia no puede ofrecernos ya un “metadiscurso universal” pues ella misma está escindida en una pluralidad irreductible. Por otra parte, el drama ecológico y los temores que suscitan las nuevas tecnologías arruinan la imagen triunfal de la tecnociencia, pilar socavado del proyecto moderno.

No podemos hacer justicia, aquí, a la centralidad del “motivo” estético en la génesis de lo postmoderno. La modernidad estética parece agotada tras el operar transgresor de las vanguardias artísticas. Ahora, la realidad misma queda igualada con el “espectáculo” y el “simulacro”. Se da



la bienvenida a la liquidación del valor cultural y aurático de la obra de arte. Nos despedimos, además, de las supervivencias residuales de la romántica estética del genio.

Cerramos, abruptamente, esta enumeración atendiendo al avance de una secularización radicalizada que alienta a las ideologías postmodernas. Se asumen las consecuencias de la “muerte de Dios” nietzscheana: se desploma la mítica del progreso, frente a la Historia, eclosionan las historias, y, finalmente, se desvanecen las esperanzas utópicas. Todo parece volcarse en el esfuerzo por comprender el presente al haber caído en desgracia los “metarrelatos” que conferían un sentido y una dirección predeterminedada al devenir histórico.

En conclusión, la reflexión sobre el cambio de las formas de vida en las sociedades tardo-industriales será uno de los acicates que incrementa la “autoconciencia postmoderna”. Si a esto unimos la debacle de la ideología del progreso y de su papel legitimador y, por último, sumamos el controvertido asunto del “agotamiento de las vanguardias”, causante de la ruptura con el modernismo estético, tenemos ante nosotros algunas de las claves del significado del postmodernismo. No obstante, las múltiples caras del fenómeno no se dejan apresar fácilmente.

2.- Un sujeto metamorfoseado.

Junto a las determinaciones sociológicas, ideológicas y estéticas que hemos enumerado se superpone una cierta unanimidad en el contexto filosófico postmoderno acerca de lo que se ha venido llamando la “muerte del sujeto”. Por ejemplo, Baudrillard alude a un “yo esquizo”, convertido en “pura pantalla” en la que se reflejan los simulacros de los medios de comunicación; Lipovetsky nos remite a una revolución individualista que, paradójicamente, tiene como contrapartida una subjetividad anónima y vacía; Lyotard reduce al sujeto a “variable funcional”, ateniéndose a las indicaciones de Deleuze y Guattari en el *Anti-Edipo*: ningún deseo está encadenado a un individuo estable, tan sólo existen “flujos energéticos”; Vattimo, por poner un último ejemplo, huye de un sujeto que es considerado como la “raíz de la deshumanización” y exhorta al “debilitamiento” de tal categoría.

No obstante, más que de “muerte” podemos hablar, evitando las inclinaciones maximalistas, de “metamorfosis”. Eso sí, una transmutación a la que el sujeto no tiene más remedio que rendirse. Steiner formula de la siguiente manera la exigencia de un presente en continuo estado de transformación:

“Como en los tiempos crepusculares de las fábulas de

Ovidio en que los seres se metamorfoseaban, nosotros mismos estamos en proceso de metamorfosis. Ignorar estos fenómenos científicos y tecnológicos, ser indiferentes a los efectos que ellos tienen en nuestra experiencia física y mental es adoptar una posición que está fuera de toda razón.”

Los tiempos mutantes en los que nos ha tocado vivir nos exigen despegarnos de los viejos modelos de autoconciencia con el fin de ensayar nuevas variantes que no tuerzan la mirada ante la requisitoria implacable del presente.

3.- Perspectivismo, pluralidad y nivelación narrativa.

Pero no sólo la subjetividad entendida en términos modernos, se haya sometida a grandes presiones que la metamorfosean, la idea de verdad sufre igualmente una sacudida imperiosa que la desestabiliza. El perspectivismo hace fortuna en la postmodernidad e invalida la pretensión fuerte de verdad: se renuncia a la idea de un standard racional que sirva de rasero por el que medirla. La aceptación de la pluralidad y de las diferencias impone atender al libre juego de las interpretaciones. Lyotard aboga por el pluralismo irreductible de los juegos de lenguaje.

La universalidad moderna se “lee” como homogeneidad forzada, como aspiración a una unidad-totalidad de lo Mismo que juega a la integración/exclusión de lo Otro. De lo que se trata, ahora, es de “activar” los diferendos. El perspectivismo pluralista que estipula la equivalencia de todas las “fábulas” nos remite, otra vez, a la herencia nietzscheana. Se opera, de este modo, una suerte de nivelación narrativa: todo relato es digno de consideración por sí mismo y no puede ser aplastado por los “metarrelatos” modernos que se “apropiaban” del supuesto sentido único de la Historia - como, por ejemplo, el del progreso irreversible de la razón o el que prometía la sociedad sin clases.

A partir de estos focos polémicos y de muchos otros se articula el debate modernidad-postmodernidad, que si, en los primeros noventa, ha perdido virulencia es porque ambas posiciones, dándose la espalda, se consideran “victoriosas”. En nuestro presente y futuro filosófico será, no obstante, difícil acallar el eco feroz de la mordiente crítica y desestabilizadora del pathos posmoderno.

¹ A. Wellmer “*La dialéctica de modernidad y postmodernidad*” en J. Picó (comp) *Modernidad y postmodernidad* Alianza, 1988. p. 103